

Carlos Monsiváis: el rey Midas del arte popular

Entrevista con Rafael Matos

Alma Olguín Vázquez*

La diferencia entre un comprador de arte y un verdadero coleccionista se encierra en un nombre: Carlos Monsiváis, quien a decir de Rafael Matos, curador, vendedor de arte y amigo personal del escritor, fue el descubridor de riquezas que nadie buscó, objetos convertidos en tesoros, el rey Midas del arte popular.

“Yo creo que Carlos tenía las características de un verdadero coleccionista. Sabía lo que buscaba, por intuición, formación, pasión, exaltación, devoción o compulsión, pero para lograr las colecciones que reunió se requería tener un tesón de buscador de tesoros aunque, curiosamente, él buscaba los tesoros que a los ojos de los demás no lo eran, lo que le permitió cierta soltura en su búsqueda y encontró los objetos que los demás no sabíamos que eran valiosos, aunque al final nos dimos cuenta de que sí lo eran”, reconoce el también perito y valuador.

El maestro Matos se refiere a las casi 14 mil piezas que conforman el acervo que reunió el escritor mexicano a lo largo de su vida, conformado, entre otros objetos, por juguetes de madera, figuras de cartón, de barro, litografías y grabados, juegos de salón, silabarios, cancioneros, novenarios, naipes, cuentos infantiles, estampería religiosa y patriótica, carteles de toros, de teatro, de circo y anuncios comerciales, hoy todos reunidos en el Museo del Estanquillo.

“Carlos buscaba la esencia del arte popular y sus manifestaciones porque en ellos está la síntesis del alma de un pueblo, ahí se sintetiza y se encierran valores, tradiciones, costumbres, afanes e ilusiones. Yo creo que su mérito fue la dedicación, ese saber que, dentro de un panorama muy amplio de lo que quería, estaba acotado. Yo le pude

haber ofrecido una litografía de Marc Chagall pero me la hubiera rechazado porque no era lo que buscaba”, añade el coleccionista.

Sin embargo, reconoce que aunque Monsiváis buscaba afanosa y hasta obsesivamente luchadores de madera, hojas volante, fotografías antiguas de autores anónimos o grabados de José Guadalupe Posada, tenía también el gusto por adquirir obras exquisitas de Julio Ruelas, Leopoldo Méndez, Roberto Montenegro, Miguel Covarrubias, Manuel Felguérez, Francisco Toledo o Vicente Rojo, ya que, explica, para él no existía la elitista división entre arte culto y popular.

Conocedor del asunto, Matos considera que Monsiváis logró darle al arte popular un lugar de privilegio: “Su amplio criterio le permitió valorar cualquier manifestación de emociones, ese que lo llevó a ser defensor de las causas sociales, tener posiciones tan generosas y lo que lo llevó a lograr esta colección porque no encerró el arte en un pequeño círculo, sino que incluso sin darse cuenta reclasificó otra vertiente importantísima como es el arte popular”.

Sin ocultar la querencia que le tuvo al autor de *Amor perdido*, Matos indica que, como una hormiguita, *Monsi* observaba, compraba y adquiría piezas, pues tenía esa especie de radar que desarrolla un auténtico coleccionista a través de un esquema que lo hace identificar, de manera inconsciente, las características que una obra de arte debe tener.

Para el también amante del coleccionismo, la compulsión de compra del escritor fue gloriosa: “Los que nos dedicamos a esto y sus amigos sabemos que, todos los domingos, Carlos llegaba con dos libros bajo el brazo a la Lagunilla, al Bazar del Ángel o a las subastas. Ello también lo diferenció de otros coleccionistas, pues invirtió demasiado tiempo en su búsqueda, ya que personalmente escarbaba

* Coordinación Nacional de Antropología, INAH.

con su pala en la mina, y reunió tantos objetos que uno no creería que tuvo el tiempo para hacerlo y seguramente debe haber empezado por los documentos”.

Mérito aparte y un mayor encanto le aporta el especialista a la colección que proviene de alguien que pagó por ella con muchas dificultades económicas. Piezas que, después de adquiridas, eran celosamente guardadas y que en ocasiones su dueño no recordaba en dónde, hasta que de pronto aparecían por ahí, en algún rincón de su estudio.

“El arte no se vende, sólo se compra”, es una frase que Matos acuñó luego de darse cuenta de que su amigo, desde los tiempos universitarios, compraba compulsivamente, por pasión, furia o inquietud, pero jamás por inversión, pues aclara que el propio Monsiváis no tenía ni idea del valor

La amistad a un lado, habla el especialista: “Yo creo que las colecciones de Carlos son muy importantes porque recogen la esencia nacional. Reúne, por un lado, la memoria colectiva del pueblo mexicano con la esencia de sus inquietudes, pasiones, dolores, peticiones, clamores, y por otro habla de la sensibilidad de Carlos. Es una memoria viva, un acervo que nutre a muchas generaciones”.

En su opinión, las colecciones deben mantenerse unidas en su sede, pero con opción de itinerancia por otros museos dentro y fuera del país para que ese acervo se difunda y, con él, la pasión y sabiduría de Carlos. Matos espera que haya otros continuadores, porque el rico arte popular mexicano es muy apreciado en el mundo y puede serlo todavía más, enfatiza.



monetario de sus colecciones. La inversión económica, dice, nunca fue su motivación.

El maestro Matos reconoce que el cronista y ensayista logró desarrollar una gran finura al elegir sus piezas, pero le emociona recordar que también tuvo la sensibilidad y sencillez de acudir a los expertos cuando tenía dudas y, en eso, dice, “estoy muy halagado de que lo hiciera conmigo”.

Matos señala que los verdaderos valadores de arte toman en cuenta la autenticidad, la calidad y la técnica de una obra, pero un factor muy importante es conocer su origen. Cuando proviene de un gran coleccionista, adquiere un mayor valor, por lo que el de Carlos Monsiváis figura entre los grandes nombres que hoy marcan un *plus* en cuanto a precio de mercado, concluye.

Gabriela Pulido Llano, *Mulatas y negros cubanos en la escena mexicana. 1920-1950*, México, INAH (Científica), 2010, 160 pp.

Delia Salazar Anaya*

El libro *Mulatas y negros cubanos en la escena mexicana. 1920-1950*, de Gabriela Pulido Llano, cuidadosamente editado por las prensas del Instituto Nacional de Antropología e Historia en su colección Científica, ofrece una historia de cierto corte transnacional sobre el aporte cultural de un singular flujo migratorio, integrado por músicos, cantantes, actores, bailarines, directores y empresarios cubanos llegados a México, que dejó innumerables influencias, recuerdos y lazos afectivos con la isla de Cuba, la “Gran Antilla” del Caribe. Su enfoque, para conocer el devenir y la proyección en la cultura popular de Yucatán, Veracruz o la ciudad de México, de un estridente y afamado grupo de migrantes que transitaron por los escenarios artísticos cubanos y mexicanos, como embajadores del nacionalismo cultural habanero en el exterior –espectacularmente representados, en su forma estereotípica, por el cine nacional en su llamada “época de oro”–, abre una perspectiva de investigación especialmente novedosa y sugerente para aquellos que desde hace algunas décadas se han dedicado al estudio de los extranjeros en México, que por mi propia inclinación refiero aquí.

Quien lea el libro no encontrará un estudio clásico sobre una migración internacional apuntalada en grandes series estadísticas, registros migratorios ni en la memoria oral de aquellos hombres que se preocuparon por conformar en México instituciones comunitarias encargadas de reforzar o recrear la identidad colectiva de aquellos que comparten o han compartido una herencia nacional o étnica, emanada de una experiencia migratoria. En sus páginas, la memoria sobre los intercambios culturales

y sobre la extranjería de los cubanos en México cobra otro sentido, porque evoca a una historia que me permitiría calificar de cierta sensibilidad común, como la que promueven algunos estudios recientes de la historiografía francesa.

El libro propone una historia de representaciones, ritmos y sensaciones afines entre Cuba y México, bien ajena a la noción decimonónica que explicó los transvases de población como resultado de un conjunto de razones de impulso y atracción entre las áreas de origen o inserción de inmigrantes.



Por el contrario, el texto nos habla de un canal de comunicación, de un intercambio permanente, de un ir y venir de capitales humanos y culturales. Aunque la primera mitad del libro está dedicada esencialmente a la nación de origen y la otra a la de destino, regidas por un corredor de intercambios culturales que, si bien recorren distintos espacios geográficos, en gran parte se delimitan por las ciudades de La Habana y México, en esta obra lo que se analiza es la forma de cómo en Cuba se construyó un conjunto de representaciones sobre lo típicamente “cubano”, que viajó a México en la misma maleta de sus protagonistas. Estereotipos sobre la mulata y el negro, la rumbera y el bongosero que, por adenda, vinieron a

difundir o reforzar, a través del celuloide, una imagen popular inicialmente dada a conocer por el teatro bufo o por la música sobre lo que se asume en el exterior como netamente “cubano” o “tropical”. Estereotipos que, si bien, como la autora refiere, en México remitieron a la extranjería de sus protagonistas salidos de la Gran Antilla, también quedaron sellados en la memoria popular mexicana entre los años veinte y cincuenta, y que aún se recuerdan como un componente indisoluble de una época.

Aunque el texto de Pulido se centra en la construcción de los estereotipos sobre la esencia mestiza de la cultura cubana, en su cuidadoso análisis también recoge algunos elementos sobre la representación de aquellos que en Cuba se identificaban como distintos: los extranjeros. Figuras estereotípicas sobre el otro que resultan bien cercanas a los que remiten a los propios inmigrantes en México –según su ascendencia–, como podría ser el caso del gallego, el yanqui y aun del chino. Por ello, el libro es un bien entramado estudio que podría alimentar a otros que aborden la configuración de estereotipos sobre los inmigrantes que se extienden no sólo en Latinoamérica, sino también en Estados Unidos. Aspecto que, desde mi punto de vista, ha sido escasamente atendido por los estudios de caso que se refieren al devenir de las comunidades de origen extranjero asentadas en México y aun en el continente en su conjunto.

Mulatas y negros cubanos en la escena mexicana... también abunda en una historia empresarial que contrasta con la que ha llamado la atención de otros especialistas que han estudiado el devenir de los extranjeros en el país con las herramientas de la historia económica, bien conocidos por sus investigaciones sobre acaudalados empresarios de origen español, francés, alemán, estadounidense y aun hispano-cubano. Aunque no sería dudoso que las empresas artísticas cubanas y sus empleados, en este caso representados por músicos, rumberas e incluso tramoyistas o coreógrafos, seguramente

* Dirección de Estudios Históricos-INAH.